



Brown, en las escaleras de la Biblioteca Nacional. :: J. C. HIDALGO / EFE

«Soy una de ésas que se acuerdan de lo que comieron el 15 de agosto del sesenta y tantos»

Entusiasmo en los 60, exaltación en los 70, pisar el suelo en los 80, hartazgo, náusea ante nuestra propia violencia en los 80-90, el terrible comienzo de siglo... He querido contar cómo vimos nosotros, desde el profundo yo, estas décadas. Cómo nos vieron los otros, también: la gran masa sociológica que no era ni franquista ni antifranquista. Durante la dictadura, ya en los 60, la vida podía ser tranquila y agradable sin libertades, sin «metete» en nada. Tratar de calibrar cómo nos vieron en el resto de España -el 'Estado español' lleva quinientos años llamándose España-, en Europa, incluso en América un poco.

-¿Por lo tanto, es un libro de memoria histórica?

-La memoria es subjetividad, nos quiere proteger, miente. Necesita del historiador para salirse de ella misma, para enderezarla, ponerla al servicio de lo cierto, lo objetivo, medible y documentable. Quería decir también que los logros obtenidos a partir de los 60 no hay que soltarlos...

-¿A qué logros se refiere?

-A las grandes conquistas de un siglo que, pese a todo, creyó en el Futuro, con mayúsculas: casi 200 años de legislación laboral que culminan en el siglo XX, el enorme avance de la alfabetización, de la emancipación de la mujer, de la erradicación de enfermedades mortales, de la desvinculación de sexo y reproducción. Las revueltas de los 60 ensancharon la democracia. Cambiaron los espacios de recreación de la cultura -familia, sexo, medios de comunicación, universitario-, el trato, los contenidos y formas de transmisión del saber. Hasta nuestros días. Se desculpabilizó el placer y la diferencia, se cuestionó la cárcel, la jerarquía racial, la pobreza, la exclusión, la enfermedad mental, la judicatura, el dominio porque sí. Removieron el orden moral antiguo: un mundo basado en la violencia del patriarca.

-Pero también habría errores...

-Esa es otra, nos creímos argelinos, cubanos, negros americanos o vietnamitas. En 1968 dejé de ser una chica antifranquista para subirme

esta el victimismo vasco.

-Sí, claro, me abochorna como persona y como historiadora. Soy hija de exiliados. En Chile yo era chilena, no exiliada. Hace poco ha fallecido Karmele Rotaetxe, de Euskaltzaindia, nacida en Bilbao en 1932. Una gran persona. Se ha llegado a escribir, sin pestañeo, que se exilió en Francia a causa de la guerra. ¡Pero si tenía cinco años! Aun más divertido: un venezolano nacido el 67, vástago de una ilustrada familia navarra, figura en su currículo como nacido en el exilio. Será el de sus padres o abuelos ¿no? A no ser que se trate de una licenciada poética, a lo Vintila Horia.

-¿Hemos sido siempre victimistas?

-Lope de Aguirre puede. Pero el resto no, bien integrados en una corona que les abría las grandes puertas de América. El victimismo viene con el declive del imperio español. Puede que la peor herejía que nos infligió el franquismo haya sido la actitud dogmático-religiosa que tuvimos que fabricar para combatirlo. Mirxelena lo vio claro, se dieron parecidas circunstancias que en la última carlistada: sacralización de la violencia, cosa que no puede entenderse sin conocer la impronta que ejerció la Iglesia sobre el varón joven de Vasconia. También hubo una frontera acogedora -el santuario-, una insuficiente intelectualidad laica y otras cosas. Nuestros errores -arrogancia, dogmatismo, la absolutización religiosa de lo identitario- no deben de volver a repetirse, nunca, nunca más.

-¿Piensa que la declaración de cese de ETA de 2011, al aflojar la brecha «cómo pudo pasarnos esto»?

-Por fortuna, el hartazgo de nuestra generación, y las más jóvenes, parece haber alcanzado al final a la misma ETA. Desde esa fecha se tiene la sensación de estar recuperando la libertad, la dignidad, muy poco a poco, como cuando se sale de una larga enfermedad. Ya no hay tanto miedo a hablar, a escribir. Pero, aun así, yo lo vivo como una situación de libertad provisional, puesto que me equivoque. Es el escarmiento.

«La historia hay que escribirla sobre todo con los codos»

:: F. I.

-Sobre esta larga época que va desde los 50 hasta 'anteayer' han escrito pocas mujeres en primera persona: Esther Tusquets, Maruja Torres, Cristina Alberdi, 'la Bardem', Lidia Falcón... ¿Y aquí, en lo que usted llama Vascolandia? -Aquí el mito del matricado nos mantuvo más guapas calladitas. Contentas de ser diosas-madre (risas). Algunas, más jóvenes, como Mariasun Landa y Maite Pagazaur-

tundua, se han aproximado de forma sectorial, a ver si siguen. Echo de menos los recuerdos de Iñaki Gabilondo, Luis de Pablo, Alfonso

Erxeberria o Patxi Irujo, pero también los de Rosa Olivares, Marivi Bilbao (¿dejó algo escrito?), Arantxa Urretabizkaia, Milagros García Crespo o Paloma O'Shea. Eugenio Ibarzabal tiene mucho que contar, pero es modesto. Lo mismo ocurre con Begoña Muruaga o con Concha Azcárate, las chicas del

«El paraíso y el infierno están en este mundo», afirma Dan Brown

El autor de best sellers presentó ayer en la Biblioteca Nacional su último libro, 'Inferno', basado en 'La Divina Comedia' de Dante

:: MIGUEL LORENCE

MADRID. Dan Brown (Exeter, New Hampshire, 1964) se ha con-

vertido en el autor más leído del mundo. «La vida del escritor es oscura soledad; el 99 % del tiempo encerrado ante la pantalla de un ordenador y solo un 1% dando la cara a la luz y ante el público, intentado ser tan brillante y divertido como te exigen tu editores». Brown presenta al lector español su nueva y aterradora novela, 'Inferno' (Planeta) con la que aspira a acrecentar su mito, pese al varamento de la crítica. Vendidos doscientos millones de todos sus libros, -81 de 'El Código Da Vinci', llega al mercado hispano con un millón de ejemplares de esta cuarta novela en a que recurre al mismo personaje, Robert Langdon y la misma fórmula que alterna símbolos, intrigas, bondad y maldad. En este caso la propagación de un virus que amenaza la continuidad de la presencia humana sobre la faz de la tierra le permite preguntarse si «los humanos debemos jugar a ser Dios».

«El infierno y el paraíso son metaforas; pero existen y están en este mundo» advirtió risueño segundos después de saludar a una masiva audiencia en su rudimen-

tario español. Brown llenó a rebosar el auditorio de la Biblioteca Nacional, a la que llegó en un vehículo de gran cilindrada de lunas tintadas, con la expectación de las estrellas de rock o de cine. Dio habiéndose rodeado para eludir las preguntas y comentarios más comprometedores como que los historiadores le acusan de flagrante falta de rigor. «No soy historiador, invento mis historias».

La superpoblación de la Tierra es el nudo gordiano en torno al cual gira esta novela de más de seiscientas páginas inspirado el 'Divina Comedia' que Dan Brown ha llevado «en todas sus versiones y traducciones». Al filo de la muerte, el catedrático de simbología Robert Langdon es fiel a sus claves y malo malísimo que pagará un virus capaz de frenar de una forma maquiavélica el implacable aumento de la población.

«Hablo de desafíos éticos, me pregunto qué significa ser humano y si debemos jugar a ser Dios» resume. «Todos debemos reflexionar sobre esta cuestión. Si he hecho bien mi trabajo, los lectores cerrarán el libro pensando que a lo mejor el malo no es tan malo» dice.

Langdon se verá en esta intriga arrastrado por los círculos del terroífico infierno descrito por Dante. Seguirá el rastro del gran poeta italiano del siglo XIV en Florencia, Venecia y Estambul, en una carrera para salvar al mundo de la mortal y artificial plaga que lo amenaza. Asegura Brown que 'Inferno' es su novela «más ambiciosa».



INFERNO
DAN BROWN
Editorial: Planeta.
Precio: Libro (Rústica con solapas) 22,50 euros. Libro electrónico (ePub) 12,99.